

## Tres poemas dedicados a mujeres

Rocío Biedma

### A Cristina Piña

*...en voz que pide permiso  
y que se excusa  
que se acerca con timidez y cautela  
así  
querido mío  
yo te nombro.*

*Cristina Piña*

Digo tu nombre,  
y digo la digna libertad del cóndor,  
la algarabía prodigiosa de la tormenta,  
la sensualidad exacta de la orquídea,  
el trasluz de una gota de rocío,  
un estremecimiento al descubrir  
el “Retrato de un hombre” de Van der Goes  
o el silencio perspicaz de los gatos.

Digo tu nombre,  
y vislumbro el albor de tu sonrisa  
como montaña imponente y rotunda,  
que irrumpe en medio del océano  
y declama incendiada los poemas  
de Gioconda Belli con las manos.

Porque tus manos hablan  
en su selvática arquitectura  
y lloran ternura a veces,  
formando un charquito  
en su honda concavidad,  
donde sostienes el mundo.

Digo tu nombre  
y te pienso, Cristina,  
asomada al brocal de tu ventana,  
sintiendo crepitar la sangre de tus venas  
entre la verdura que erigiste,  
estirando tus eternos brazos

para alcanzar la luna,  
y cada sístole de tus dedos inventando  
un mundo constelado de poemas,  
mientras revuelves las hojas de tus libros  
buscando el desvarío de Nietzsche  
o las razones de Foucault,  
que transitan sin descanso  
la orografía de tus sesos.

Digo tu nombre  
y digo mujer, río, poesía,  
cántico vital y dogmático,  
galeón de alas grandes y útero magnánimo,  
donde aprendo y celebro, cada instante,  
haberte conocido.

## **Tú, como brisa y médula (A Rosa Butler)**

*“¡Oh cuán vario caudal ella atesora  
de majestad amor y ligereza!  
Es tímida, atrevida, candorosa,  
es débil, fuerte, tierna y orgullosa.”*

*Rosa Butler*

Cierro los ojos, y puedo escuchar  
el silencio de tus pasos  
al final de la escalera,  
devorando los peldaños  
en un forzoso padrenuestro  
que tan temprano aprendiste a rezar.

Las aves del cosmos guarecen  
tu voz latiendo en la lenta pleamar,  
Halando tu pena de ausencias  
en la brisa del mediterráneo  
donde el sol muestra  
su redondez ambarina.

Me duele la vértebra angelical  
de tu poesía, que bordea los días  
como huida abierta,  
y deletrea el grito refulgente

en tus acantilados de fuego y fragua,  
de tu corazón, helado ya.

Los días te bebieron como lágrima apenas,  
como brisa y médula de un canto a la vida,  
sin ronza ni queja, en sublime liturgia,  
atajando la indolencia con el verso al aire,  
consumiendo los huesos  
de tu alquimia primigenia,  
en espera de un milagro.

### **Antífona a Zenobia Camprubí**

Te intuyo, desde tu risa,  
manantial grácil y melodioso,  
allí donde la luz reclina,  
mientras declamas tus versos.

En tu pureza de ámbar,  
cuando esparces el horizonte de luz  
adivino tu voz forjada en la lluvia  
que acordona un territorio, agitando las alas  
con fulgores de amor y nostalgias.

Y noto tu secreto, que enhebras en mí.  
Ese que un día prendiste como candil eterno,  
que concibe los días,  
que canta en los pasillos del bosque,  
con tu idioma de mujer,  
en el rumor del viento.

Y llegas a bordo del Aquitania  
por ese mar que se te alienta en los ojos.  
Porque eres sal de pájaro  
de trino transparente,  
dulce jaculatoria de lino macerado  
que como ángel abates de tus trémulos labios.

Te canto Zenobia,  
acurrucada en tu útero malogrado,  
fuego de constelaciones,  
donde alojaste el verbo  
de la noble locura de la poesía.